

La figura no tiene historia, pero observamos cómo el escultor Enrique Zofío representa aquí una típica *tinea corporis*, en la que sorprende la exactitud con la que se reproducen las características de una tiña corporal, mejor que en muchas de nuestras diapositivas actuales: se observa su borde activo, porción central deprimida y contorno imitando un círculo perfecto.

Esta figura, junto con el comentario que la acompaña en la etiqueta, y en el que el Dr. Azúa advierte del contagio a través del contacto con un animal, nos recuerda los experimentos llevados a cabo por el Dr. Olavide para demostrar el contagio de las tiñas entre hombres y animales.

Olavide fue uno de los dermatólogos de su tiempo que se preocuparon por demostrar estos contagios y defender la patogenicidad de estos «parásitos» vegetales. Consideraba el contagio como una semilla, y el individuo como el terreno en el que se sembraba, reconociendo el muguet, el *her-*

pes tonsurante, la pelada (ésta erróneamente, al igual que Bazin), el favus y la pitiriasis versicolor entre las afecciones fitoparasitarias.

Reprodujo los experimentos realizados en otros países para demostrar el contagio por «transplantación» entre hombres y diversos animales, llevándolos a cabo en los dos sentidos, es decir, de los animales al hombre y del hombre a los animales.

Estas investigaciones están plasmadas en algunas de las láminas de su famoso libro «Dermatología general y Atlas de la clínica iconográfica de enfermedades de la piel o dermatosis» (1871-1880). La historia y la lámina de uno de estos animales, la perra Favicia, constituyen un bello ejemplo de la obra del pionero de la Dermatología española.

L. Conde-Salazar, E. del Río y F. Heras